

ESTE DIARIO

se publica en la

IMPRESA TIPOGRÁFICA A VAPOR

Calle de la Cárcel, número 41.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

En la redacción, en las oficinas y en las librerías.

La dignidad de los ciudadanos es algo muy sagrado, porque en último caso constituye la dignidad del pueblo.

Y esa dignidad no puede estar a merced de un quidam malvado y poco escrupuloso a ese respecto, sino que está eficazmente garantida por las leyes que no ultrapasan el límite de las acciones esternas.

Esa es la justicia civil—la conformidad de nuestros actos a la ley; y esa la justicia que obliga a todos los ciudadanos.

Pero no se limitó a eso la prensa, sino que ha querido complicar también a los Gobiernos linfáticos, y especialmente al Gobierno de la República Argentina.

Los diarios de los días pasados constituyen un proceso fulminante y virulento contra aquel Gobierno, presididos en esa tarea por *La Nación*, que sin duda, por su carácter oficial, ha dado el tono en todas las cuestiones de actualidad.

Recordamos que después de haber responsable al Gobierno Argentino por todos los males que viniesen al país de la invasión del general Flores, terminaba exhortándole a que continuase en sus maquinaciones, que ella (*La Nación*) lo esperaba con el fusil al hombro!

Pero sucede que el Ministro de Relaciones Exteriores declara ante la Cámara de Representantes que «el Gobierno de la República Argentina es completamente ajeno a la intención del general Flores», y *La Nación*, que tiene que acordar su instrumento al tono del Ministerio, nos canta en su número de antes de ayer la mas descomulgada palinodia, reconociendo que fue injusta e inconsiderada juzgando a aquel Gobierno cómplice en las intenciones del general Flores.

¿Que prueba esto?

Tal vez, y de ello nos felicitamos, que la luz se hace en medio de la confusión de tanta alarma, que la razón empieza a hacerse escuchar, dominando el apasionamiento de los juicios.

Pero es el caso de preguntar: ¿los demás diarios que acordándose al tono de la *Nación* lo siguieron en sus juicios tan exagerados como injustos, se acordaron ahora para hacer coro en la palinodia que canta?

Será justicia, porque todo el fundamento de los juicios de nuestra prensa arranca del sentido en que se expresa la de la vecina orilla.

Pero, ¿qué tiene que ver la opinión de la prensa de un pueblo libre, con los actos de su Gobierno?

¿Que solidaridad legal existe entre una y otros? ¿Se formulará un cargo contra el Gobierno Argentino de lo que solo constituye una prueba de la libertad de su Gobierno?

Lo tampoco se contentan con que los Gobiernos extranjeros se limiten a cumplir estrictamente su deber, sino que como se quiere exigir de los ciudadanos, también han de hacer manifestaciones efervescentes?

No; las cosas han de volver a su quicio: las verdaderas proporciones de la invasión han de mostrarse y evidenciarse, a despecho de esa tendencia inocente que se ha sentido en una parte de la prensa, a exagerarlo y a abultarlo todo, a estreño de suponer complicados en la revolución desde el Emperador del Brasil hasta el Presidente de la República Argentina, a todos los que no tuviesen dada antes alguna prenda patriótica de adhesión al partido dominante, o hiciesen ahora alguna manifestación efervescente.

Y entones se comprenderá que la conducta circunspecta y reservada que ha observado el partido a que pertenecemos, no ha sido efecto de la complacencia que en algunos momentos se ha querido sospechar, sino de sentimientos muy nobles y generosos que imperiosamente les dictaba su propia dignidad.

Los hombres de principios y de corazón, colocados entre dos injusticias, prefieren aquella que puede procurarnos un peligro, a la que puede dar asidero a una gratuita suposición de debilidad o cobardía.

Entre tanto, transcribimos a continuación el artículo de la *Nación* a que nos hemos referido, por si, como hemos dicho ya, quieren algunos colegas adaptarse a su tono para hacer coro a su palinodia. Heo aquí:

JUZGUEMOS CON CALMA.

Las rivalidades que se han sentido más de una vez, entre los Gobiernos Orientales y Argentinos, a causa de la errada política que se seguía por ambas partes, política que no pudo menos de producir males, aun no del todo vencidos, es quizas una de las causas principales para que en vista de la invasión de Flores acusamos al Gobierno del General Mitre, juzgándolo como protegiendo a ese cabecilla.

No hay duda que hombres influyentes de Buenos Aires, y muchos que ocupan posiciones elevadas al se han declarado abiertamente en favor de la invasión, y aun han aconsejado al Gobierno

que la proteja; pero queremos todavía considerar al General Mitre capaz de dominar las perniciosas influencias de esos hombres, cuyos planes no tardan en salir a la luz del día.

Creemos al Gobierno del General Mitre animado de buenos sentimientos respecto al paz de estos países, y guiado por ideas de justicia, que rechazarán altamente toda protección a Flores.

Debemos pues ser con el General Mitre un poco considerados y juzgándolo todavía como amigo leal y franco, solo le pediríamos un poco más de energía y de valor, cuando menos para neutralizar los torpes y escandalosos trabajos, de esos hombres caros, que tarde o temprano han de traer a la República vecinas males innumerales.

Logica a la orden del día.

El gobierno Argentino coopera a la invasión del general Flores porque emprende trabajos hidráulicos en el Uruguay y manda con ese objeto al «San Juan Bautista» a los Rios.

Esto es claro, primero, porque en esta estación el río está crecido (esta puede pasar) 2.º porque el Gobierno del General Mitre es el Gobierno mas haragán e indolente de que hay memoria (esto es mas claro) y no es posible que emprenda una obra de ese género: 3.º porque como ha de preocuparse de un arrefice del río, un Gobierno que navega entre arrefices políticos en todo el país, y entre el arrefice electoral de Buenos Aires?

Claro está, no cabe duda, y no lo ve el que no quiere verlo: el arrefice es un pretexto: el Uruguay está crecido, y la obra si no imposible, es difícil: el Gobierno Argentino es un haragán que solo puede moverse para colocar al General Flores en la presidencia de la República Oriental, para que se acude a destruir los arrefices que le levanta el Chacho en la Rioja, Uruguay en Entre-Rios y los Clubs electorales en Buenos Aires.

El «San Juan Bautista», crecido, ha ido al Uruguay para dar asilo a los invasores en el caso de un contrate.

Todo eso dice la *República* en dos inmensas columnas que consagra a probar la complacencia del Gobierno del General Mitre, en la invasión del General Flores.

A la verdad, que después de tanto esfuerzo por convencernos de que el «San Juan Bautista» no ha ido al Uruguay a destruir arrefices: nos sorprende que nos salga con que su verdadera misión es dar asilo a los invasores en un caso de contrate.

No hemos podido menos de exclamar:—*Mons partisans.*

Nosotros creíamos que el Redactor de la *República*, por lo menos haría al «San Juan Bautista» conductor de unos cuantos centenares de encañados.

Suposición por suposición, esta valía más la pena de los esfuerzos de la *República* para probarnos que el Uruguay está crecido, que el Gobierno del General Mitre es haragán e indolente, y de que vive entre arrefices políticos de todo género.

Porque al fin, si el «San Juan Bautista» solo ha ido al Uruguay para dar asilo a los invasores en el caso de un contrate, el cargo no es tan grave, porque el hecho tiene mucho de humanitario y es lo mismo que en cualquier caso haría una Nación amiga, por medio de sus almirantes, de los comandantes de sus buques, de sus ministros acreditados en el país, y aun de sus simples Agentes Consulares.

Pero prescindiendo de eso, ¿no le parece a la *República* que de cooperar el Gobierno del General Mitre, lo haría robusteciendo la acción de los invasores para que no llegase el caso de tener que darles un triste asilo en sus buques, en vez de limitarse a ampararlos después de vencidos?

¿No le parece que a haber tenido el General Flores la cooperación del Gobierno Argentino, habría desembarcado con mas de cuatro hombres en nuestro territorio?

Pero volviendo al fundamento de las estragadas consecuencias de la *República*, discurremos, no sobre las crecientes del Uruguay, por que aun no hemos buscado un práctico que nos instruya a ese respecto, pero sí sobre la indolencia y la haragancia del Gobierno Argentino y sobre los arrefices políticos que obstruyen su camino.

Negar que el progreso, es la ley inevitable a que los Gobiernos recientemente precedieron al del General Mitre y que este continúa, imprimieran a aquel país, es negar una verdad mas clara que la luz del medio día, y que amigos y enemigos han reconocido unánimemente.

El mismo señor Calvo, que de cierto no será sospecho de parcialidad en este punto, ha dicho mas de una vez que aquellos gobiernos habían comprendido, que el secreto de su prestigio y la razón de su estabilidad, debían buscarla en el progreso material que vinculando al pueblo a los beneficios de tal orden de cosas, le hace perdonar los

bre.

—¿Ost es admirable tanta lealtad. ¿Le conoceis?

—Sí.

—Entonces acaso seas vos uno de esos nobles españoles que se esponen a la muerte por Fernando VII?

—Caballero, soy su gefe. Ved aquí la última prueba que puedo daros de mi confianza y de mis intenciones.

—Silencio; que yo no lo sepa jamás, contestó Valdes refrechando la mano del marqués.

—En alto de la escalera estaba un lazaro recostado en una silla.

—Sotolera reconoció al baron de Mouré.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

—Otro leal! contestó Sotolera.

errores políticos y aun las injusticias transitorias en que todos los partidos suelen caer.

Esos arrefices que la *República* descubre en todas partes, obstruyendo el camino al Gobierno Argentino, son pequeños estorbos en que si se quiere a la vista el general Mitre, porque no están a la altura de la elevación de su pensamiento, y tan es así que mientras encomienda a algunos gefes prestigiosos la misión de restablecer el orden en algunas provincias convulsadas, instala nuevas líneas de ferro-carriles que ligando por esa arteria creada por la civilización, a los pueblos del interior con Buenos Aires, destruyan de raíz el germen de la anarquía y de todas las reacciones barbaras en la República Argentina.

Restos de las tradiciones bárbaras, resabios que sobreviven en los candillos de la Federación que los protegen, van a ser extinguidos por el gobierno del General Mitre, que a despecho de todo lo que constituirá permanentemente la patria gloriosa de Belaruso y San Martin.

No extrañe la *República* que alguna vez lo acompañemos en sus viajes a la República Argentina, porque en todas partes donde descubrimos una causa justa, tenemos interés en su triunfo y nos asimilamos a ella por simpatías profundas.

A diferencia de otros, que no tienen o fingen no tener partido ni en su propia política, nosotros la tenemos aquí como en Buenos Aires, en Rusia como en Francia, en Polonia como en Italia: en todas partes donde se combatía por lo que nosotros entendemos la razón, la política y la libertad.

PRENSA NACIONAL.

La República.—Opina que la expedición del buque de guerra argentino *San Juan Bautista* no tiene otra explicación que una muy mal distribuida cooperación a los planes del General Flores. Lo demuestra así:

«El río Uruguay en esta estación está en su mayor creciento.

«Desde fines de Julio a Setiembre comienzan las bajantes.

«Esto pueden comprobarlos los prácticos.

«Así pues, el río en estos meses tiene quince o diez y ocho pies de altura sobre su superficie normal.

«Como es de eseje esta época para emprender trabajos hidráulicos y remover grandes obstáculos, cuando están escondidos y son, si no imposibles, dificultosos.

«No hemos visto apuntada esa necesidad por la prensa que busca materia de charla. No hemos visto disposición alguna que determine esa empresa.

«El negocio de derribar un arrefice ha sido una improvisación surgida entre gallos y media noche, surtidillo del Gobierno mas haragán y mas indolente de que hay memoria.

«Como es que viene a ponerse un arrefice del río ante la consideración de un gobierno que navega entre arrefices políticos en todo el país, y entre el arrefice electoral de Buenos Aires?

«Este problema tan inminente, tiene en estos momentos una solución muy clara: la única también.

«Ha sido necesario poner un buque de guerra argentino en el río Uruguay para dar asilo a los invasores en el caso de un contrate.

«El día que se vistan en otro artículo verificándose los comentarios que la *República* de Buenos Aires sobre la proclama de Flores, dice que ese documento carece hasta de ingenio, porque fundiéndose «en el argumento de—que tiene derribar la tiranía—es convertirse en fiscal de si mismo; acusar con su misma voz su intento agresivo; y sublevar con razón un grito unánime de protesta.

«El País.—Comenta las noticias falsas que dan los diarios bonaerenses—Copia el artículo del Dr. D. Nicolas Herrera que reproducimos ayer de *La B. orna*, precedido de algunos elogios al coraje y a los sentimientos del autor.

«El pie del suodicho artículo inserta la siguiente carta dirigida al Gefe del 2.º Batallón de Guardia Nacional:

«Señor Comandante:

«No estoy enojado en la Guardia Nacional por que soy transeunte en esta ciudad.

«Sin embargo creo que es de mi deber, en los momentos actuales, prestar mis servicios, a la causa del orden y de la paz pública, a la par de los buenos ciudadanos.

«Mando, pues, al portador, Gil Palomare, para que tome mi lugar en el Batallón que Vd. comanda, en calidad de personero, rogando a Vd. que me acepte en la seguridad de que en el momento del peligro no faltará a su puesto su afmo. S. S.

«C. de Vd. abril 23 de 1863.

LA REFORMA.—Contiene un artículo sobre la

Y salió de la habitación para dictar cuantas medidas creyó oportunas, y cubrir aquel acontecimiento terrible.

CAPITULO VIII.

EL NOY DEL BOSCH.

Fuera de los acontecimientos naturales de una caminata lenta y penosa, nada volvió a ocurrir en ella que llamase la atención.

El general Valdes supo imprimir en el puñado de hombres que seguían al rey el respeto mas profundo y el silencio mas completo, en ambos que mas bien parecían aquellos un cortejo fúnebre, que una expedición donde se jugaba el porvenir, el reposo y la ventura de muchos españoles.

Reflexos que al llegar al puente Saz, en el cual principian por decirlo así las grandes fortificaciones de Gádiz, se detuvo la columna, y acercándose al rey le dijo con un acento lleno de nobles:

«V. M. se encuentra, desde este instante, en sus legítimos derechos.

«Fernando dijo esta noticia que le devolvía el poder usurpado violentamente por las cortes, y mirando a Valdes con la misma serenidad que le destinaba a aquellos momentos amargos; le contestó:

«Vd. en los de capitan general.

«Poco después, cuando la regencia y una comisión de las cortes fue a entregar al rey el poder ejecutivo, contestó este con amarga ironía:

«¿No está Vd. como yo no estoy loco?

Esta frase, que fue tradida por sus enemigos como una granja feroz, hizo atropellar a varios de los caballos, conestó Sotolera admirado.

«El infante don Francisco en la plaza de la Candelaria.

«Los postros—restos de aquella comitiva revolucionaria se alojaron en las casas que encontraron mas a mano.

«Las cortes volvieron a ocupar su antiguo recinto en la gran sala del Felipe, y solo se esperó el momento crítico de la llegada de los franceses.

esportación de carnes a nuevos mercados,







